

¡Qué multitud de Santos en todas las religiones! ¡Qué prodigios de santidad en toda la Iglesia! Hombres flacos eran como nosotros; pero fueron mas fieles á la gracia que nosotros.

PUNTO SEGUNDO. — Considera que solamente las ánimas pusilánimes se desalientan cuando la estrella se oculta. El que solo es devoto cuando sienten las dulces impresiones de la gracia, señal de que sirve á Dios por interés, y no por amor. Si el principal móvil de la virtud es la devoción sensible, no hay que esperar que dure la virtud por mucho tiempo.

Alegra sin duda la vista de la estrella; pero aunque ésta se esconda ó se retire, no por eso dejan los Magos de continuar su camino. A la verdad no estará escondida por largo tiempo. ¡Qué desgraciados hubieran sido los Magos, si cuando se les ocultó la estrella se hubieran vuelto atrás! Perseveremos constantes en los caminos de Dios, que la estrella volverá á dejarse ver cuando sea necesario. Ordinariamente se encubre en el tumulto del mundo. Menester es que con diferentes pruebas se debilite el amor propio, el cual se fomenta, se nutre con los gustos de la devoción sensible.

Gran motivo tenían los Magos para volver por el mismo camino en virtud de las instancias que les hizo el rey Herodes. Pero la gracia siempre nos mueve á volver por camino diferente. El que no muda de camino no se convierte.

Muchos se contentarán con ir á ver al Niño recién nacido, y á ofrecer sus obsequios á María; pero todo se reduce á cumplimientos, y á buenas palabras. ¿Cuántas veces nos portamos de esta manera con el mismo Jesucristo? Presentámonos á él en la misa, en la comunión. ¿Y á qué se reducen nuestras oraciones? Á palabras y no mas. ¿Hay muchos que al venir de confesar y de comulgar vuelvan por otro camino? Cuando los ejercicios espirituales, cuando la frecuencia de sacramentos, cuando la misma devoción no nos hace mejores, mala señal, mala señal.

No permitais, Señor, que haga yo inútilmente estas reflexiones. Demasiado he abusado hasta aquí de vuestra gracia: bendito seais para siempre por la que ahora me haceis. Resuelto estoy á mudar de camino, mudando de vida. Haced, que sea fruto de meditación mi conversión verdadera.

JACULATORIAS. — Mostradme, Señor, tus sendas y tus caminos, que desde hoy mas no quiero seguir otros. (*Psalm. 24.*)

Convertidnos, Señor, y quedarémos verdaderamente convertidos. Haced por vuestra misericordia que yo entable una nueva vida. (*Thren. 5.*)

PROPOSITOS.

1 Hoy has de lograr el dulce consuelo de experimentar en tu conducta los efectos de la gracia. ¿Eres colérico, impaciente, poco recogido? ¿Están acostumbrados tus ojos á andar derramados por la iglesia, esparciéndose indiferentemente por todos los objetos? ¿Distraíste voluntariamente en la oración y en la misa? ¿Gastas mucho tiempo en componerte, y te dejas llevar con exceso del vano deseo de parecer bien? ¿No tienes algo que corregir, que reprenderte sobre esa vida inútil, regalada y ociosa? ¿Tratas con dureza, ó con poca piedad á los pobres? ¿Corresponden tus limosnas á tus rentas? ¿Trabajas en domar tus pasiones? ¿Dóminate el amor propio? Éa, determina alguno de estos defectos, y aplicate á corregirlos hoy. Seguramente puedes contar con la gracia: ¡ojalá, que con igual seguridad pudieras contar con tu correspondencia!

2 Una vez al día trae á la memoria los propósitos, el proyecto de conversión, que habrás hecho en otras ocasiones. Hazte presente aquel plan, aquel método de vida, que alguna vez sería fruto de una confesión general, de algunos ejercicios, y examina si le has desmentido, si te has desviado de él. Renueva todos aquellos propósitos, y ese método, imponiéndote alguna penitencia por cada vez que faltases. También es práctica muy útil determinar antes de la confesión, y aun antes que se acabe la meditación, el fruto particular que se desea sacar de ella. ¡Buen Dios! ¿de cuántas industrias se valen los mundanos para adelantar sus intereses temporales! ¡Y será posible, que solo en el negocio de nuestra salvación hemos de ser estúpidos y descuidados!

DIA X.

MARTIROLOGIO.

SAN NICANOR, diácono, en la isla de Chipre, uno de los siete primeros de la Iglesia, el cual habiéndose aventajado en fe y en virtudes eminentes, recibió la corona del glorioso martirio.

SAN AGATON, papa, en Roma, que resplandeciendo en santidad y doctrina, murió santamente. (Este papa sucedió á Dámaso en 679, y presidió por sus legados el 6.º concilio general convocado en Constantinopla contra la herejía de los Monotelitas, que confutó en una carta, escrita al emperador Constantino Pogonato, por la tradición constante de la Apostólica Iglesia de Roma; conocida, dice el Santo, de toda la

Católica por Madre y Maestra de todas las demás iglesias, cuya superior autoridad deriva de S. Pedro : carta que fué aprobada en el mismo concilio por regla de fe, declarando que *Pedro habia hablado por la boca de Agaton*. Anastasio dice que el número de sus milagros le mereció el título de *Taumaturgo*. Murió este Santo el año 682, y así los Griegos como los Latinos honran su memoria.)

SAN GUILLERMO, arzobispo y confesor, en Bourges en Aquitania, esclarecido en virtudes y milagros : fué canonizado por Honorio III.

SAN JUAN EL BUENO, obispo y confesor, en Milan.

SAN PABLO, primer ermitaño, en la Tebaida, que vivió solo en el yermo desde la edad de diez y seis años hasta la de ciento trece; su alma la vió S. Antonio llevar los ángeles al cielo entre coros de Apóstoles y Profetas : y su fiesta se celebra á 13 de enero. (*Véase su vida en las de dicho día.*)

SAN MARCIANO, presbítero, en Constantinopla.

LA FESTIVIDAD DE S. PEDRO VISEOLO, confesor, en el monasterio de Consance; fué primero Dux de Venecia, y despues monge del órden de S. Benito, esclarecido en piedad y doctrina : su festividad se celebra el día 14 de enero.

SAN GONZALO DE AMARANTE, CONFESOR.

EN uno de los pueblos del reino de Portugal, llamado Tagilde, y antes Atanagilde en aquel idioma, perteneciente al obispado de Braga, nació S. Gonzalo de Amarante, brillante ornamento del órden Dominicano en los principios de su establecimiento, en quien se manifestaron desde luego indicios nada equívocos de su santidad futura. En el mismo día que le llevaron sus padres á la iglesia de S. Salvador (de cuya feligresia eran) para que recibiese el Bautismo, no sin particular admiracion de todos los concurrentes, entregado al ama, concluido el Sacramento, para que le diese el pecho como es regular en estos casos, olvidándose de la propension natural al alimento, fijó los ojos en una imágen de Jesucristo crucificado, y levantó sus tiernos brazos en ademan de querer abrazar aquel celestial objeto: presagio sin la menor duda de la particular devocion, que profesó en su vida á los misterios de la pasion y muerte de nuestro Redentor. Estos asombrosos hechos repetia cuantas veces le llevaba el ama que le criaba á la referida iglesia, ó con motivo de oír misa, ó de hacer oracion en ella, notándose que al tiempo de entrar, movido el niño de un impulso superior, miraba con inquietud todo el ámbito del templo hasta ver el Crucifijo, en cuya inspeccion sosegaba sus impacientes movimientos; y si por probarle se le separaba alguna vez de aquel atractivo de todo su afecto, eran sus llantos inconsolables hasta volverle á la presen-



S. GONZALO, DE AMARANTE.

cia del Señor, olvidándose no pocas veces del alimento con la dulzura de semejante recreo. Observando la piadosa ama tan raros prodigios, para no defraudarle de estos consuelos, al amanecer, antes de darle el pecho le conducía á la iglesia, y poniéndole delante del Crucifijo, despues de sus acostumbradas reverencias, recibía el alimento alegremente.

Admirados sus padres de tan extraordinarios presagios de devoción, é inclinacion del niño á todo lo bueno, determinaron ofrecerle al Señor en holocausto, y no omitiendo los medios que pudieran contribuir al logro de sus intenciones, apenas llegó á la edad en que por lo regular se despierta el uso de la razon, le buscaron por maestro á un sacerdote venerable, á fin de que le educase en buenas costumbres, é instruyese en los primeros rudimentos; con particular encargo de que fomentase sus piadosas ideas. Perfeccionado en semejantes principios, deseosos los padres de sus mayores adelantamientos le presentaron al Arzobispo de Braga, quien entendido de los referidos antecedentes, notando en el semblante del jóven una singular modestia y admirable cordura en sus palabras, le admitió en su familia con suma complacencia, y conoció por su trato mas de cerca las brillantes cualidades de su espíritu, y la utilidad que resultaria á la Iglesia de un ministro semejante; y bajo este concepto, apenas llegó á la edad predefinida por los cánones, le ordenó de sacerdote, en cuya dignidad se portó con tanta edificacion y celo, que á poco tiempo fió á su cuidado la abadía de S. Pelagio, poco distante del suelo paterno, á pesar de su humilde resistencia. Cargado sobre sus hombros el peso de tan grave ministerio, teniendo muy presente la responsabilidad de su administracion para con Dios, como otro Salomon al tiempo de recibir el gobierno de su reino, puesto de rodillas ante una imagen de la santísima Virgen, le rogó con tiernas lágrimas se dignase alcanzarle de su amado Hijo inteligencia y acierto para el desempeño de tan importante empleo. Digno fué del mayor elogio el primer sermón que predicó á sus feligreses, lleno de encendida caridad para con Dios y el prójimo, exhortándoles con nervioso celo al cumplimiento de la ley, y sus respectivas obligaciones; y persuadido de que para animar á los hombres tienen mas eficacia las obras que las palabras, desde luego se puso en el pié de alentar á sus súbditos con su ejemplo. Abrazó la frugalidad en la comida, satisfecho con el preciso alimento, cubrió su cuerpo con el vestido mas despreciable, observó inviolable la castidad y pureza debida á la dignidad sacerdotal, manifestó humilde de corazón, no quiso sobresalir en otra cosa que en las limosnas; y considerándose mero administrador de los bienes de la Iglesia, los

invertía en socorro de los pobres, que le llamaban padre á boca llena.

Con esta serie de vida inculpable, capaz de edificar á su pueblo, continuó por algunos años Gonzalo en su ministerio; pero como la materia de sus frecuentes meditaciones era la pasión y muerte de Jesucristo, se encendió en tan vivos deseos de venerar personalmente aquellos lugares donde obró el Señor los misterios de nuestra reparación, que con efecto dejando por Vicario á un sobrino sacerdote, que crió desde la infancia con santos y sabios documentos, despues de encargarle muy escrupulosamente el cuidado de su grey, partió á la Tierra Santa en hábito de peregrino; y habiendo llegado á Jerusalem, despues de haber sufrido muchos trabajos é incomodidades en el camino, trasportado en divinas consolaciones á la vista de aquellos venerables monumentos, no saciándose de mirarlos, besarlos y adorarlos, gastó catorce años en satisfacer sus deseos. Ya se deja discurrir en tan dilatado tiempo, que actos de respeto y devoción practicaria aquel alma encendida en la llama del amor de Dios; pero escrupulizando sobre el cumplimiento de su ministerio, volvió á emprender igual peregrinacion para atender al cuidado de sus ovejas.

No cabe en ponderacion el dolor y desconsuelo que tuvo Gonzalo luego que llegó al pais, sabiendo que su Vicario, olvidado enteramente de sus instrucciones y consejos, se habia entregado á toda clase de ilícitas diversiones, vanidades, cazas, convites y delicias, y que trasmutado de pastor en un lobo devorador, desatendia las obligaciones de su ministerio; y aun tuvo la temeridad de fingir letras testimoniales, con el fin de acreditar por ellas la muerte de su tio, poco difíciles en su larga ausencia, para obtener en propiedad la abadia de S. Pelagio con semejantes dolosas maquinaciones. A pesar de tan vivos sentimientos llegó á pedir limosna en casa de su sobrino; y acometiéndole los muchos perros de caza que tenia, defendiéndose de ellos como pudo, reiteró una y otra vez con lamentables voces le socorriese su necesidad; pero ofendido el Abad Vicario de sus importunos ruegos, le mandó decir por un criado, que se ausentase al momento, porque en su casa no se acostumbraba dar limosna á semejantes pobres.

Encendido el siervo de Dios en santo celo á vista de tan desusada impiedad, se dió á conocer, y principió á corregir con admirable brio al relajado sobrino, reprendiendo su conducta severísimamente. Quejábase, lleno de amargura, de que abandonada su educacion, á pesar de las sabias máximas con que lo habia instruido al tiempo de partirse á su peregrinacion, y sobre todo

de la confianza que depositó en él para que cuidase de su rebaño, y que encargándoselo le asistiese, no como lobo, sino como pastor, él por el contrario invertía en perros y en ilícitas diversiones todos los réditos de la Iglesia, debidos justamente á los pobres de Jesucristo como patrimonio de ellos. Irritado el intruso Abad de tan dignas reconvenciones, y resistiéndose á los estímulos con que le punzaba la conciencia, se levantó de la mesa, en que á la sazón se hallaba, y no satisfecho con llenar de injurias é improperios al venerable anciano, le arrebató de sus débiles manos el báculo que traia, y le hirió con él gravemente, incitando á los perros para que le mordiesen, amenazándole con mayores castigos si no se retiraba al instante de su presencia.

Sufrió Gonzalo con paciencia indecible tan enormes atentados, rogando al Señor tuviese misericordia de aquel infeliz; y sin solicitar su defensa, ni menos atender á los bienes temporales, tomó el partido de predicar la doctrina evangélica por toda aquella region. Por el tenor de su vida apostólica se concilió en breve tiempo el respeto y veneracion de todas las gentes, con cuyas limosnas edificó una pequeña ermita, dedicada á la santísima Virgen, en cierto sitio inculto, cerca del rio Tamaca, viviendo en aquel retiro como otro Pablo, é Hilarion en el desierto, empleado en santas contemplaciones, y en el ejercicio de la predicacion: practicando á un mismo tiempo la vida eremítica y apostólica, acreditándose por sus milagros tanto aquel lugar desconocido, que despues se vió poblado con no pocos templos, dos célebres monasterios, é insignes casas de muchos personajes portugueses, que hasta el dia concurren á él en romería, movidos de la devocion del Santo.

Hallábase pensativo Gonzalo sobre si agradaria al Señor con semejante vida: en cuyas dudas recurrió á su Majestad y á su santísima Madre con fervorosas súplicas, ayunos y penitencias, para que se dignasen manifestarle su voluntad. No le faltó la benignidad del Redentor á su amado, ni la conmiseracion de la Reina de los Angeles, pues estando en oracion en la noche de Pascua de Resurreccion, ante el altar de la Señora, advirtiéndole un extraordinario resplandor, vió en medio de él á la santísima Virgen, que le habló con afabilidad en estos términos: *Levánta, siervo mio, y sigue entre los Ordenes Religiosos, esparcidos por el mundo, al que oyeres que da principio y fin á los Oficios Divinos con la salutacion Angélica.* Confortado con este favor extraordinario, buscaba con diligencia el enunciado instituto, recién fundado en la Iglesia por Sto. Domingo de Guzman. Pasó un dia á Vimaró, pueblo del obispado de Braga, hospedándose en el con-

vento de los religiosos Dominicos, y conduciéndose al templo al toque de vísperas, notó que el oficio divino daba principio y fin con la dicha salutacion. Convencido de ser aquel el órden que le previno siguiese la Madre del Redentor, sin la menor dilacion pidió al Prior con humildes ruegos se dignase admitirle entre los individuos de aquella comunidad, donde fué recibido con universal aprobacion de todos, bien entendidos de sus recomendables cualidades. Pasado el año del noviciado, en el que dió sobradas pruebas de su fervor, de su inocencia, de sus costumbres, y de su eminente virtud, hecha su profesion con la solemnidad competente, obtuvo licencia de los superiores para volver á su oratorio de Amarante á continuar sus funciones apostólicas, satisfechos con tan conocidas ventajas como lo acreditaron los frutos de su predicacion.

Sentia en el alma que las frecuentes inundaciones del caudaloso rio Tamaca impidiesen á los fieles concurrir á sus sermones; y ansioso de la salvacion de aquellas almas, pensó fabricar un puente capaz de evitar el inconveniente: ante todas cosas consultó el proyecto difficilísimo en lo natural con el Señor, y obtenida su aprobacion por medio de un ángel, emprendió la construccion costosisima de aquella obra, sin otros fondos que los de la providencia. A pesar de las muchas contradicciones de los que censuraban por temeridad su resolucion, y siendo él el primero que puso con sus débiles fuerzas las piedras de inmensa magnitud en las rápidas corrientes, animó este prodigio á los pueblos vecinos á que concudiesen con sus facultades á seguir fábrica tan necesaria; la concluyó á espensas de repetidísimos prodigios memorables, entre otros, los continuos de alimentar á los artifices con los peces del mismo rio que venian á la orilla, á presentarse voluntariamente al Santo para que los cogiese: y el que sucedió con un magnate del pais, que queriendo burlarse del Santo en cierta ocasion, que le pidió limosna para la fábrica, habiéndole entregado una esquila para que le diese su mujer el dinero que pesase el papel, pesó una suma considerable, capaz de subvenir á muchos gastos; castigando de esta forma el Señor el desprecio de su siervo al paso que por el mismo hecho le proporcionó auxilios para la obra.

Los inmensos trabajos que padeció, y el rigor de sus continuas penitencias, le debilitaron en términos que cayó en una gravísima enfermedad; y conociendo se acercaba la hora de su muerte, se dispuso á recibirla con las preparaciones de la mayor edificacion, rogando á la santísima Virgen, su protectora, que le alcanzase la gracia de que no le perturbase el enemigo

infernál. Sabido el peligro en que se hallaba en el pais, concurren á visitarle innumerables personas, penetradas del mas vivo dolor, á quienes consoló con la oferta de que intercederia por todos ante el tribunal de Dios. Ultimamente, gravándose cada dia mas y mas, tuvo la dicha de que en su fallecimiento le asistiese la Reina de los Angeles, acompañada de los coros celestiales, entre cuya comitiva entregó su espíritu en manos del Criador, á los 10 de enero del año 1260. Apenas espiró, se oyó una voz en toda la circunferencia de Amarante, sin saber quien la proferia, convidando á las gentes para que asistiesen al funeral de Gonzalo, el cual se hizo con la mayor solemnidad.

Justificados los muchos milagros, que en vida, y despues de muerto, obró el Señor por la intercesion de su siervo con el heroismo de sus virtudes, le declaró en el catálogo de los Santos el Papa Julio III, mandando se celebrase su festividad en el mismo dia de su fallecimiento; y además de ésta, repiten otra los portugueses en la octava de Pentecostes, con mucho concurso de aquel pais, en Amarante, donde existe un monasterio suntuosísimo de religiosos Dominicos, enriquecido con cuantiosas donaciones debidas á la liberalidad del Rey D. Juan el Tercero.

La Misa es de la octava de la Epifania, y la oracion es la siguiente:

Dad, Señor, oídos á las sú- namente, libradnos por sus me-
plicas que os hacemos en la recimientos de todos nuestros
fiesta de vuestro confesor Gon- pecados. Por nuestro Señor Je-
zalo, y pues él os sirvió dig- sucristo, etc.

La Epistola es del capítulo 60 del Profeta Isaias.

Levanta, Jerusalem, á ser del esplendor de la que en tí
iluminada, porque ya viene apareceza Levanta los ojos por
tu deseada luz, y se ha ma- tu circunferencia, y mira que
nifestado sobre tí la gloria del todos los que se han congrega-
Señor. Advierte, pues, que do en ella vinieron á ser hijos,
cuando las tinieblas cubran la é hijas tuyos de remotas y pró-
tierra, y la oscuridad los pue- ximas regiones. Entonces verás,
blos, nacerá sobre tí el Señor abundarás, te admirarás, y se
(Mesías), y se verá en tí su dilatará tu corazon, cuando
gloria. Las gentes caminarán concurren á tu seno la mul-
guiados de tu luz, y los Reyes titud de los habitantes en las

orillas del mar, y vengan á tí Todos los de Sabá vendrán las riquezas de las gentes. Los ofreciendo oro é incienso, y camellos y dromedarios de Ma- anunciando alabanzas para el dian y Efa cubrirán tu ter- Señor. reno á manera de inundacion.

REFLEXIONES.

Levántate, Jerusalem, y brilla con nuevo resplandor, porque ya ha venido tu luz. ¡Asombro es que aun despues de haber amanecido en el mundo el divino Sol de justicia, reinen todavía las tinieblas en el espíritu de tanto número de fieles! ¡Qué ceguera mas lamentable, que ver en medio del cristianismo dias enteros destinados á diversiones poco cristianas, y que por un intolerable abuso, que parece presume de licito por la prescripcion, corra sin freno la licencia desde reyes hasta el tiempo santo de cuaresma!

Si entre las calumnias que los gentiles forjaron contra los cristianos, se les hubiera ofrecido darles en cara con esta inconsecuencia; conviene á saber, que mientras nuestra religion condena el paganismo en todos sus puntos, imita sus desórdenes en muchos; que preciándose de un moral austero, cuyas leyes ponen limites tan estrechos á las mas honestas diversiones, permite con todo eso los regocijos, y las fiestas de los paganos; que unas veces severa, otras indulgente, segun las diversas ocurrencias de los tiempos, da licencia en ciertos dias para las libertades, y para las disoluciones, que prohíbe en otros: ¿con qué indignacion, con qué enojo no se hubiera gritado desde luego contra esta reconvenccion, tratándola de impostura, de embuste y de calumnia?

¿Qué mentira mas grosera se diria entonces, qué mayor impostura, que acusar la religion cristiana de desordenada en sus costumbres, cuando en virtud de sus preceptos está condenado hasta el deseo, hasta el pensamiento del pecado? ¿Puede ignorarse cuanta es su delicadeza en punto de pureza, de conciencia y limpieza de corazon? ¿Qué vicio se puede jactar de ser esceptuado ó de ser disimulado por ella? ¿Hay por ventura un solo instante en la vida que sea exento de la práctica de la virtud, en que ella dispensa la obligacion de servir á Dios, y de conservarse en la inocencia?

De esta manera responderian confiada y animosamente los cristianos de la primitiva Iglesia; porque no les dolián prendas, ni se les podia dar en rostro con algun desórden. Jamas pare-

cian en el circo: huian del teatro, de los espectáculos y de los juegos públicos: no se les veia, ni coronados de flores ni vestidos de púrpura: reinaba una modestia inalterable en todos los estados: no reconocian, ni edad, ni tiempo, ni dias destinados para inmoderadas alegrías: sus diversiones, siempre honestas, siempre puras, eran lecciones de virtud y de decencia: en sus convites sobresalia la frugalidad y la moderacion: en sus concurrencias, juntas y visitas iba delante la piedad: en fin, en todo tiempo y en toda ocasion eran cristianos. Estos si que fácilmente confundirian la calumnia. Pero pregunto: ¿tendríamos nosotros el dia de hoy el mismo derecho y el mismo valor para rebatirla, á vista de nuestra conducta tan poco cristiana, especialmente durante el carnaval, y en tiempo de carnestolendas? ¿Qué retorsiones no nos harian? ¿Cómo nos argüirían con esos festines licenciosos, con esos bailes, con esas danzas, con esas máscaras; con las cuales los primeros cristianos daban en cara á los idólatras, como muestras visibles, así de la corrupcion de sus costumbres, como de la falsedad de su religion?

¿Qué tendríamos que replicar, si los paganos nos dijeran, que en tiempo de carnaval hacíamos lo mismo, que ellos hacían en sus fiestas bacanales: los mismos excesos, los mismos festines, los mismos saraos, los mismos regocijos? Los desórdenes son públicos, la licencia no es menos desenfrenada. ¿Seria bien recibida la excusa de que en esas diversiones se observa alguna mayor moderacion; esto es, que los regocijos y las máscaras del carnaval, á lo sumo solo puede llamarse reliquias del paganismo mitigado? Pero gracias al Señor, que aunque sean tan universales los abusos, y la licencia de los malos cristianos, no puede perjudicar á la santidad de la religion, que en todo tiempo ha condenado, como la condena tambien el dia de hoy, esa profanidad, ese escandaloso desórden.

Adorado en casi todos los altares el enemigo comun de todo el género humano, orgulloso, y fiero con el imperio universal de todos los corazones, se hacia consagrar los primeros dias del año con esa disolucion. Este, y no otro, es el principio que tuvo la escandalosa costumbre de los excesos del carnaval.

¿Qué hombre de buen juicio se atreverá á autorizar esas licenciosas alegrías con el pretexto de que despues entra el tiempo de ayuno, y de penitencia? ¿Habrà valor para decir, que se concede toda la libertad á los sentidos, porque dentro de tres dias se ha de llorar esa libertad, que se les ha concedido? ¿Que se entrega el corazon al esparcimiento y al desórden, porque

se acerca el tiempo en que se ha de hacer penitencia de ese desorden, y de ese esparcimiento? Llega la cuaresma, en que es menester llorar los pecados; pues consolemos anticipadamente esas lágrimas futuras con todo género de divertimientos. Dentro de pocos días obligará la Iglesia á todos sus hijos al ayuno; pues pertrechémonos contra ese ayuno con escesos, convites, y comilonas, que lleguen á ser glotonerías.

Bien presto se nos convencerá desde los púlpitos, que todas estas fiestas del carnaval son indignas del nombre cristiano; pues trabajemos ahora en merecer, que entonces nos avergüencen. Mañana se nos predicará la penitencia; pues hagamos hoy todo lo posible para tener necesidad de ella.

Conócese, pálpase la ridiculez, y la impiedad de este lastimoso discurso: ¿pues cuando se confesará la indignidad de esa miserable conducta? Tendriase vergüenza de justificar así el carnaval; y sin embargo, esto es lo que quiere decir todo cuanto se alega para autorizar la costumbre. ¿Pues qué? ¿El cristianismo es cosa de mojíganga, ó es á manera de vestido, que se ha de mudar segun la diferencia de los tiempos? ¿Es cosa de farsa, ó es á modo de teatro, en que ha de haber diversas mutaciones, y se han de representar distintos, y aun contrarios papeles? Hoy disolutos, y aun casi malvados de apuesta; y mañana hipócritas por bien parecer. Hoy entregados á las disoluciones de los gentiles; y mañana aparecer con una mascarilla de cristianos, adorándose el mismo Dios, teniendo la misma ley, y siendo uno mismo el infierno en carnaval, y en cuaresma: ¿qué razon hay para que en un tiempo se haga vanidad de ser impíos, y disolutos, y en otro se haga ridícula ostentacion de parecer cristianos?

¿Es posible que una necedad tan grosera no haga fuerza á todo hombre de mediana razon? ¿Puede haber quien tenga alguna tintura, no digo ya de religion, sino de sentido comun, que no se avergüence de hacer públicamente este género de farsa? ¿Seria creible, si no se viese cada día, que tan frescamente se incurriese en este género de ilusiones? ¿Ignórase por ventura, que para ser verdaderamente cristiano es menester vivir siempre como tal? No quiere Dios nuestro corazon, si no se le da para siempre. ¿Y creerás tú, que llevará á bien que en tales días le repartas entre Dios y el mundo? Si se confiesa que Dios merece ser servido en ciertos días del año, ¿no será un desprecio intolerable el juzgar que en otros se puede dejar de servirle?

Es artículo de fe que el mundo es su irreconciliable enemigo:

¿y ha de haber tiempo en que un cristiano pueda entregarse sin vergüenza, y atolondradamente á todos los pasatiempos del mundo; á bailes, á saraos, á juegos escesivos, á entretenimientos poco cristianos, á máscaras, á desórdenes? ¿Ha de haber tiempo en que se crea ser licito, y permitido no amar mas que al mundo, y hacer como reputacion de servirle, de cortejarle, y de complacerle? ¿Habria quien tuviese valor para proferir una máxima tan contraria á la fe, y á la razon? Y en medio de eso esta es la máxima que hoy se sigue en el mundo. Tanta verdad es, que en dejándose de vivir cristianamente, de discurrir cristianamente, se incurre en una insensatez y locura.

Y lo que apenas se pudiera creer si no se palpára, es que un abuso tan irreligioso se halla no pocas veces autorizado por personas que tratan de devocion, que se precian de muy cristianas, y que con efecto en otros tiempos del año se portan con una vida bastante arreglada. Pero, mi Dios, ¿estas benignas interpretaciones de vuestra ley son muy conformes al espíritu de vuestro santo Evangelio? ¡Ah, Señor! ¡y qué de ilusiones se encuentran en los sistemas de devocion! ¡Qué de nulidades en esas vanas dispensas! ¡Qué de horror causa mirar en la hora de la muerte el carnaval con ojos cristianos!

El Evangelio es del cap. 2 de S. Mateo.

Quando nació Jesus en Belen de Judá en tiempo del Rey Herodes; ved que unos Magos del Oriente vinieron á Jerusalem preguntando: ¿Donde está el que ha nacido Rey de los Judios? pues hemos visto su estrella en el Oriente, y venimos á adorarle. Oyendo esto el Rey Herodes, quedó turbado, y con él toda Jerusalem. Y congregando á todos los Príncipes de los Sacerdotes y Doctores del pueblo hebreo, solicitaba saber de ellos donde naceria Cristo. En Belen de Judá, le dijeron, segun está escrito por el Profeta (en estos términos): Tú, Belen, pueblo de Judá, de nin-

gun modo eres la mínima entre sus principales ciudades: porque de tí saldrá el Capitan, que rija á mi pueblo de Israel. Entonces Herodes, llamando á los Magos secretamente, investigó de ellos con sumo cuidado el tiempo en que les apareció la estrella; y enviándoles á Belen, les dijo: Id, y preguntad diligentemente donde está el Niño; y cuando le halleis, dadme aviso, para que yo también pase á adorarle. Los cuales habiendo oído al Rey, marcharon, precedidos de la misma estrella que vieron en el Oriente, hasta el sitio donde estaba el Infante, sobre donde se fijó; con cuya vis-

ta se alegraron en extremo. Y le ofrecieron en dones oro, entrando en el domicilio, encienso y mirra; y avisados encontraron al Niño con María su madre; y postrándose, le adoraron; y abriendo sus tesoros, le ofrecieron en dones oro, encienso y mirra; y avisados en sueños que no volviesen á Herodes, regresaron á su país por distinto camino.

MEDITACION.

De la fidelidad á la gracia.

PUNTO PRIMERO. — Considera con qué prontitud, con qué fidelidad obedecieron los Magos la voz de la divina gracia, figurada por la estrella: *vidimus stellam, et venimus*. Apenas se nos descubrió la estrella, cuando al instante nos pusimos en camino. ¿Cuántas razones tenian para deliberar, para informarse, para asegurarse de la verdad del hecho? Pero cuando Dios habla, quiere ser prontamente obedecido. Tanta deliberacion cuando se trata de convertirse, es efectivamente no querer hacerlo. Luego que Marta dijo á su hermana María que el Señor la llamaba, al instante, al momento se levanta, y deja á los que la están consolando, sin hablarles palabra. El que no parte al momento que ve la estrella, luego la pierde de vista, y al cabo no se mueve. ¿Cuanta multitud de gente veria la que anunció el nacimiento del Salvador? Pero en lugar de seguirla se contentaron con admirar su resplandor, con observar su movimiento, con hablar de ella como filósofos, ó astrónomos. Solamente los Magos, sin detenerse á filosofar, se aplican á obedecerla; y queriendo acreditarse de mas dóciles que sabios, van derechos á donde ella los conduce, y encuentran felizmente lo que la misma les anuncia. ¿Cuántas veces ha brillado á nuestros ojos la estrella de la gracia? ¿Cuántas santas inspiraciones? ¿Cuántos piadosos movimientos? ¿Cuántas voces interiores? ¿Y nosotros? Hemos descubierto delicadamente sobre ellas; las hemos admirado; hemos deliberado mucho. ¿Pero concluir? Nada. Dios nos ha convidado, nos ha solicitado, nos ha estrechado mil veces á que le sigamos. ¿Y nosotros? Sin dar un paso: sin movimiento.

Al fin, Señor, ya es tiempo de que lo haga: ya quiero dejarme de mis imperfecciones, desviarme de mis malas costumbres, apartarme de todo cuanto desagrada á vuestros purísimos ojos. No os canseis vos de convidarme; haced que brille de nuevo vuestra gracia, que desde el punto resuelto estoy á seguirla.

PUNTO SEGUNDO. — Considera cuantas dificultades se les repre-

sentarian á estos santos Reyes para desviarlos de emprender aquel viaje. El camino es largo y malo: la estacion áspera y dura: no vemos urgencia que nos precise: tiempo tendremos para emprender esta jornada con menos incomodidad: la estrella no habla solo con nosotros, que con todos habla; ni vemos que otros se muevan ni se inquieten. ¿No son unos discursos muy semejantes, unas quimeras muy parecidas las que aun el dia de hoy nos estorban el seguir las impresiones de la divina gracia? ¿Y qué? Cuando se trata de obedecer la voz de Dios; de cumplir las obligaciones de cristiano; de ser feliz ó infeliz enteramente; de asegurar mi eterna salvacion; ¿me han de servir de embarazo el tiempo, el lugar, la edad, la condicion, los respetos humanos? nada de esto nos detiene cuando se trata de un interés, de una ganancia, de un empleo, de conservar la vida: ¡y solo cuando se trata de la bienaventuranza eterna, de la amistad de un Dios, de mi eterna felicidad, entonces todo me hace dificultad, todo me hace estorbo! ¿Cuántos prudentes á lo del mundo se burlarian entonces de la credulidad de los santos Reyes, tratándolos quizá de sencillos y ligeros! ¿Pero el dia de hoy habrá quien los califique de muy fáciles ó de nimiamente dóciles?

Encubrióseles la estrella por algun tiempo; mas no por eso quedaron sin auxilios y socorros. Siempre hay libros espirituales y devotos: nunca falta la luz de los directores prudentes y celosos. En medio del tumulto, del bullicio del mundo son poco frecuentes, son muy raras gracias extraordinarias y sensibles: debilitanse mucho cuando nos paramos dentro de él; pero en saliendo del bullicio y del tumulto, vuelve á descubrirse la estrella, y con ella el consuelo y la alegría. ¡Dichosa el alma, que es constantemente fiel á la gracia! ¿Qué consuelo haber sido mas fiel que otros en seguir la estrella, cuando se logra la dicha de haber encontrado á Jesucristo! Esta es la suerte de todos los que le buscan con valor, con constancia y con fidelidad.

No mireis, Señor, á mis pasadas ingratitudes; brille de nuevo la luz de vuestra gracia; que determinado estoy á no ser mas infiel á ella. Mandadme, Señor, cuando fuere de vuestro agrado; que pronto estoy con el socorro de vuestra gracia á cumplir exactamente todo cuanto me mandáreis.

JACULATORIAS. — Hablad, Señor, que vuestro siervo oye. (*Reg. 5.*)

Si oyeres hoy la voz del Señor, guárdate bien de obstinarte, de no seguirla al momento. (*Psal. 94.*)

PROPOSITOS.

1 Mucho tiempo ha que Dios te está solicitando, te está estrechando para que le hagas ese cierto sacrificio, para que dejes esa ocasion, para que reformes tus costumbres, y para que te arregles con cierto género de vida; todo este tiempo ha que tú le estás resistiendo. Hoy se te descubre la estrella, que acaso se te ha encubierto todo el tiempo que has vivido tan ciego, y tan empeñado en esa mala amistad. No dilates un momento hacer lo que Dios te manda, pon por escrito tu resolucion; no se pase este dia sin hacer ese sacrificio: da principio á él inmолando la victima que mas tienes en el corazon.

2 Socorre con limosna al primer pobre que hoy encuentres y reserva algun tiempo para retirarte á alguna iglesia, y para renovar á los pies de Jesucristo el propósito que has hecho de serle fiel en adelante. Concibe un gran dolor de tu cobardia en el servicio de Dios, de haber perdido tantas gracias, malogrado tantos auxilios; y acúsate particularmente de esto en la primera confesion.

DIA XI.

MARTIROLOGIO.

SAN HIGINIO, papa y mártir, en Roma: consumó gloriosamente el martirio en la persecucion de Antonino. (*Véase su vida en este dia.*)

SAN SALVIO, mártir, en Africa (en el siglo II), en cuya fiesta predicó S. Agustin al pueblo de Cartago.

LOS SANTOS MÁRTIRES PEDRO, SEVERO Y LEUCIO, en Alejandria.

SAN ALEJANDRO, obispo y mártir, en Fermo, ciudad de la Marca.

SAN SILVIO, obispo y mártir, en Amiens de Francia.

SAN LEUCIO, obispo y confesor, en Brindis, ciudad de la Pulla.

SAN TEODOSIO, cenobiarca, esto es, padre de muchos monges, en el pueblo llamado Magariasso de la Capadocia, el cual despues de haber padecido muchos trabajos por defender la fe católica, murió santamente.

SAN PALEMON, abad, maestro de S. Pacomio, en la Tebaida.

SAN ANASTASIO, monge, y sus compañeros, en Suppentonio junto al monte Sorate, que habiéndolos llamado una voz del cielo, volaron al Señor.

SANTA HONORATA, virgen, en Pavia.